

Romano Guardini hacia la beatificación

Juan Gabriel Ascencio, L.C.

Profesor agregado de filosofía en la Facultad de filosofía del Ateneo Pontificio Regina Apostolorum. Profesor de antropología filosófica.

El 1º de octubre de 2018 se conmemorará el 50º aniversario de la muerte de Romano Guardini, uno de los pensadores católicos más importantes del siglo XX. En estos últimos cincuenta años su nombre se ha mantenido vivo en el panorama académico y cultural – continúan realizándose estudios sobre su legado, y va adelante la publicación de sus obras completas en Alemania e Italia – pero desde hace un par de años se ha impuesto nuevamente a la atención por las noticias que circulaban sobre la inminente apertura de su proceso de beatificación. ¿Qué hay de cierto sobre ello?

La primera noticia oficial sobre la beatificación de Romano Guardini se publicó el domingo 17 de junio de 2016, cuando un portavoz del arzobispado de Múnich y Frisinga anunció a la agencia de noticias católica KNA los nombres de los dos personajes cuya causa iniciaría próximamente: el teólogo Romano Guardini y el periodista Fritz Gerlich. El portavoz añadió que se nombraría un postulador para ambas causas, y que se reuniría un grupo de colaboradores para examinar las pruebas y escuchar a los testigos.

Poco después se dio a conocer la fecha del inicio solemne del proceso diocesano para ambas causas. Sería el 16 de diciembre, en el contexto de una misa celebrada por el Cardenal Reinhard Marx, arzobispo de Múnich, en la catedral metropolitana.

Ese día, el Card. Marx en su homilía presentó a Guardini y a Gerlich como “figuras joánicas”. A imitación de san Juan Bautista, dijo el Cardenal, los dos futuros beatos no habían ofrecido una luz propia sino que, como el Bautista, habían dado testimonio a la luz de Cristo, de la que se habían llenado. El Card. Marx exaltó la figura de Guardini, viendo en él un buscador de la verdad de Dios no sólo en la teología, sino también en ámbitos como el arte, el teatro y la literatura. Recordó también su clarividencia ante lo que las ideologías del siglo XX estaban causando al hombre. Terminada la misa, y siguiendo el ritual para la apertura de las causas de beatificación, el Cardenal juró mantenerse libre de influjos y condicionamientos en la conducción del

proceso, garantizando también a los testigos una total libertad para expresar eventuales aspectos negativos de la vida de Guardini y de Gerlich.

Según la agencia *Onetz*, después de estos actos oficiales el Card. Marx comentó que el Papa Francisco nutre un alto aprecio por la figura de Guardini. No es un secreto que en 1986 Jorge Mario Bergoglio pasó varios meses en Alemania ocupándose de una tesis sobre la teología de Guardini, que finalmente no llevó a cabo. Francisco ha citado a Guardini en varias de sus encíclicas.

Dos actos han servido para completar la apertura del proceso diocesano: se ha vuelto a hacer accesible el sitio de su tumba en la iglesia universitaria de Múnich donde tantas veces predicó; y se ha difundido una oración para pedir la gracia de su beatificación. El texto menciona rasgos característicos de su personalidad cristiana y de su influjo en la Iglesia:

Señor Jesucristo,

Has llamado a tu siervo Romano Guardini a ser insigne profesor y educador de las jóvenes generaciones, ganándolas así para la Iglesia.

Le has dotado de una mente clara y de un lenguaje brillante para esclarecer tu Verdad a muchos.

Le has mantenido en el camino recto en medio de tiempos muy difíciles, llegando a ser modelo para innumerables personas, también para la resistencia cristiana en un Estado totalitario.

Le has reforzado en su lucha contra la depresión y otros sufrimientos.

Le has concedido el don de la fidelidad a los amigos.

Le has acompañado con tu bendición en su tarea de sacerdote y predicador, también con los no creyentes.

Te pedimos que nos concedas el poder venerarle,

para que los hombres de hoy reconozcan la santidad de tu Iglesia,

para que los jóvenes también se puedan entusiasmar contigo,

para que los que sufren en el alma y en el cuerpo se puedan confortar con su ejemplo,

para que se reconozca nuevamente la santidad de Dios.

Gloria al Padre, y al Hijo y al Espíritu Santo, ahora y siempre. Amén.

Se ha abierto un sitio informático en el que se puede dar noticia de las gracias recibidas por intercesión de Guardini: seligsprechungen@eomuc.de.

Es claro que no se hubiera llegado a la ceremonia de apertura del proceso diocesano sin un apoyo consistente. En el caso de Guardini, el sostén ha venido de un grupo de estudiosos italianos. Recordemos que la editorial

Morcelliana, de Brescia, está llevando a cabo un ambicioso programa de publicación de las obras completas de Guardini en finas ediciones críticas preparadas a tal propósito. Estos grupos han encontrado un apoyo importante en la figura de la profesora Hanna-Barbara Gerl-Falkovitz, ahora activa en un centro de estudios teológicos de los Cistercienses a las afueras de Viena. La profesora cuenta con el apoyo del papa emérito Benedicto XVI, quien citó a Guardini con frecuencia en sus discursos. No falta el interés de la Academia Católica de Baviera, que tuvo a Guardini entre sus fundadores, y que ahora custodia los archivos de su legado intelectual. Se habla también del apoyo de los profesores de religión en Alemania, que ven en Guardini a un futuro “patrón de los educadores”.

Se sabe que el proceso diocesano para una causa de beatificación dura varios años. Pero podríamos estar ante dos causas relativamente veloces. La de Gerlich podría avanzar si se comprueba que fue martirizado por el régimen nazi a causa de sus convicciones católicas. Es sabido que Guardini sufrió vejaciones y presiones de parte del régimen, que terminó por privarlo de su cátedra en 1939 argumentando que no podía enseñarse una visión de la realidad que no fuera la del nacional socialismo. Pero su causa se funda en sus virtudes personales y en su servicio a la Iglesia. En efecto, tiene a su favor los apoyos antes citados, además del extraordinario influjo que ejerció sobre varias generaciones de católicos antes y después del Vaticano II.

No se ha de pasar por alto que el año de 2018 marca el cincuentenario de la muerte de Guardini, y que en varias partes de Europa se están promoviendo iniciativas para redescubrir el valor de su pensamiento. Destaca el reciente encuentro que reunió a más de treinta especialistas del tema en Berlín, del 25 al 27 de enero de 2018, organizado por la *Guardini Stiftung*. Tal vez la novedad de este evento fue el espacio reservado a las relaciones ofrecidas por los “jóvenes guardinianos”, doctorandos y jóvenes profesores que están retomando con nuevo impulso el estudio de Guardini.

El aniversario de Guardini, junto con el inicio del proceso de beatificación, hace de 2018 un año muy apropiado para conocer a este gigante de la cultura católica y enriquecerse con su abundante producción espiritual, teológica, filosófica y cultural.

¿Quién fue Romano Guardini? No pretendo compilar aquí sus datos biográficos esenciales, ni trazar la trayectoria vital de este sacerdote nacido en Verona, Italia, en 1885, y fallecido en Múnich de Baviera el 1º de octubre de 1968 después de una intensa vida de enseñanza y escritura. Para este fin los lectores de lengua castellana pueden recurrir a la obra de don Alfonso López Quintás, *Romano Guardini, maestro de vida* (Palabra, Madrid 1988).

Don Alfonso es discípulo directo de Guardini, además de haber gozado de su amistad personal por años, de haber recibido directamente de Guardini derechos de publicación para la lengua española, y de haber estudiado ampliamente su legado. Por otra parte, goza de gran prestigio entre los estudiosos de Guardini la biografía de la profesora Hanna-Barbara Gerl-Falkovitz, accesible por ahora sólo en el original alemán y en la traducción italiana (*Romano Guardini. La vita e l'opera*, Morcelliana, Brescia 1988).

Si Guardini inicia su camino hacia los altares, interesa conocer su legado de verdad humana y cristiana, que lo colocan como uno de los precursores del Concilio Vaticano II, sobre todo en cuanto a la teología litúrgica, y uno de los teólogos más influyentes del siglo XX¹. Pero no podemos olvidar que la Iglesia no lo beatificará por su obra teológica, sino por su santidad de vida. Interesa por tanto conocer también su rostro cristiano profundo. E iniciar este camino no es difícil pues él mismo indicó un camino.

Un día Guardini tuvo un sueño. Él mismo narra su contenido:

En el sueño se decía que cuando el hombre nace, se le entrega una palabra, y era importante lo que esto significaba: no era sólo un talento, sino una palabra. Esta es pronunciada en el interior de la esencia del hombre y es como la palabra clave para todo lo que posteriormente sucede [...]. Todo lo que acontece en el decurso de los años es consecuencia de esta palabra, es su explicación y realización².

El sueño tuvo lugar en 1964, cuatro años escasos antes de su muerte. Ese evento le abrió una perspectiva para entenderse a sí mismo: su trayectoria vital entera podía leerse como algo que se desenvuelve a partir de esa misteriosa “palabra pronunciada en su interior”. Y en efecto, al inicio mismo de su camino cristiano se halla *una palabra*. A ella hemos de remitirnos ahora para ganar el punto de partida que nos permitirá entender esa “palabra” que de alguna manera condensa la vocación, la identidad y el destino de Guardini. Pasamos así de enero de 1964 a finales del otoño de 1905, cuando Guardini era un joven estudiante de economía política que luchaba por hallar su lugar existencial, su identidad.

Él narra que sintiéndose interpelado por un interés religioso, se comenzó a acercar a la fe cristiana que había recibido de sus padres, y que después se había evaporado en los primeros años de los estudios superiores. Junto con su amigo Karl Neundörfer, y apoyado por los esposos Schleussner, fue

¹ Me permito remitir a un artículo en que examiné de manera amplia la relación de Guardini con el Concilio: J.G. ASCENCIO, «Romano Guardini, precursore filosofico del Concilio Vaticano II», *Alpha Omega*, 17 (2014), 463-483.

² R. GUARDINI, *Apuntes para una autobiografía*, Ediciones Encuentro, Madrid 1992, 12-13.

abriéndose paso hacia la decisión de retomar una vida cristiana asumida con madurez.

Escribe Guardini:

Ya no soy capaz de recordar qué reflexiones contribuyeron a esto [el acercamiento a la fe cristiana], pero entonces se me reveló un conocimiento que justificó y dio forma a mi completo desarrollo interior, y que desde entonces fue para mí como la verdadera llave de acceso a la fe. Recuerdo como si fuera ayer el momento en que este conocimiento se convirtió en decisión. Fue en la pequeña buhardilla de la casa de mis padres, en la Gossenheimerstrasse. Karl Neundörfer y yo habíamos discutido sobre la cuestión que nos preocupaba y mis últimas palabras habían sido: “Hay que llegar a la frase: ‘Quien quiera conservar su alma, la perderá; quien la dé, la salvará’. [...] Poco a poco me había ido quedando claro que existe una ley según la cual el hombre, cuando “conserva su alma”, es decir, cuando permanece en sí mismo y acepta como válido únicamente lo que le parece evidente a primera vista, pierde lo esencial. Si por el contrario quiere alcanzar la verdad y en ella su auténtico yo, debe darse [...]. Yo me senté en mi mesa y seguí dando vueltas a la frase: “Dar mi alma, pero ¿a quién? ¿Quién puede pedírmela? ¿Pedírmela de tal modo que ya no sea yo quien puede disponer de ella?” No ‘Dios’ simplemente, ya que cuando el hombre pretende arreglárselas solo con Dios, dice ‘Dios’ y está pensando en sí mismo. Por eso tiene que existir una instancia objetiva que pueda sacar mi respuesta de los recovecos de mi autoafirmación. Pero sólo existe una instancia así: la Iglesia católica con su autoridad y precisión. La cuestión de conservar o entregar el alma se decide, en último término, no ante Dios sino ante la Iglesia. Entonces sentí como si todo – realmente ‘todo’ mi ser – estuviese en mis manos, como en una balanza en equilibrio: “Puedo hacerla inclinarse hacia la derecha o hacia la izquierda. Puedo dar mi alma o conservarla”... Y la hice inclinarse hacia la derecha. El momento fue completamente silencioso; no consistió ni en una sacudida ni en una iluminación, ni en ningún tipo de experiencia extraordinaria. Fue simplemente que llegué a una convicción: “Es así”, y después el movimiento imperceptiblemente dócil: “Así debe ser”³.

Valía la pena reproducir el texto completo porque contiene “la palabra” que fue dada a Guardini, la que “dio forma” a su desarrollo interior. Su largo recorrido vital como pensador, pero también como creyente y pedagogo, ha de entenderse como un continuo volver a esa “palabra” con el fin de entenderla y de explorar la profundidad de los nexos cristianos y humanos que ella revelaba. Y, en efecto, en la narración de su “conversión”, se coloca al centro una palabra evangélica que Guardini cita según el evangelio de san Mateo. En torno a ella, como lo iluminado por ella, se colocan tres realidades en estrecha conexión: el ser humano, la Iglesia y Dios. Son los tres polos que pueden organizar su legado intelectual y su enseñanza espiritual. En efecto,

³ *Ibid.*, 98-100.

su convicción más profunda fue que el hombre sólo llega a su plenitud en Dios, viviendo intensamente su inserción en la Iglesia.

¿Cómo acercarse a la obra de Guardini? ¿Qué libro tomar? Pienso que no hay un camino único. Guardini no dejó un “hilo de Ariadna”, como hiciera von Balthasar, para ayudar a sus futuros lectores. Por ello, quisiera señalar seis posibles acercamientos a la vastísima obra del gran profesor de Múnich para el lector que desee aventurarse por los senderos de su pensamiento en este “año guardiniano”.

1. Guardini se cuenta entre los precursores del movimiento litúrgico. Su fama como escritor está ligada a un breve escrito titulado *El espíritu de la liturgia*, publicado en 1918 a petición de Ildefons Herwegen, abad de Maria Laach, entonces uno de los centros que lideraban el redescubrimiento de la liturgia. Se lo considera un clásico de la teología litúrgica, sin que se trate de un libro sólo para especialistas.

2. Aunque fue editada póstumamente, la *Ética* de Romano Guardini recoge la última serie de lecciones universitarias de Guardini, que él revisó poco antes de su última enfermedad. Se considera que esta voluminosa obra constituye el punto final de su recorrido intelectual. La variedad de temas abordados, de enfoques ensayados, y de madurez reflexiva, pueden satisfacer al lector inquisitivo.

3. Guardini comentó una vez que toda su visión del hombre estaba contenida en una conferencia que él dio ante un nutrido auditorio en el “Día de los católicos” de 1952. El título es *Sólo quien conoce a Dios, conoce al hombre*. Afortunadamente hay traducciones en español. La conferencia pone de manifiesto a la vez la intuición y la profundidad del pensamiento de Guardini sobre el hombre, cuya idea de sí mismo está ligada a su posición ante Dios. Un segundo paso en la línea de la antropología guardiniana llevaría a la lectura de *Mundo y Persona*, obra de no fácil comprensión, pero que constituye un punto de referencia de la antropología cristiana del siglo XX.

4. Guardini es conocido sobre todo por su teología, pero su obra filosófica merece un reconocimiento más amplio. Él mismo indicó que su pensamiento halla su “regla y medida” en una teoría a la vez ontológica y gnosológica de amplio respiro titulada *La oposición polar* (1925). Ésta, junto con *La cosmovisión católica*, forma la clave para entrar en la perspectiva de Guardini, su *forma mentis* siempre activa a lo largo de su producción.

5. *El Señor* es sin duda uno de los libros más difundidos de Guardini. Joseph Ratzinger lo recordó explícitamente al presentar su propio acercamiento a la figura de Jesús. Es admirable el modo en que Guardini leer los Evangelios para comprender al Salvador. No es un tratado de cristolo-

gía. De hecho, es la recopilación de ocho semestres de homilías dadas en la parroquia universitaria de Berlín, editadas en 1938. Guardini estructuró atentamente esta gran serie de prédicas, y quedó tan satisfecho con su resultado que consideró *El Señor* su libro preferido, junto con sus comentarios a Hölderlin.

6. *El fin de la época moderna* (1950) es otra de las obras que ganaron a Guardini mayor fama. Se trata de una penetrante crítica cultural de lo que ahora podemos llamar la postmodernidad. Guardini supo presagiar sus peligros y posibilidades con ojo certero. Su lectura sigue dando luz para entender las dinámicas profundas de nuestro tiempo.